Y
1566
1887

8224

LA

NOCHE DE NAVIDAD.

COMEDIA EN UN ACTO

POR

RUPERTO S. GÓMEZ

UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo
Biblioteca sala Patrimonial

BOGOTÁ—1887.
IMPRENTA DE SILVESTRE Y COMPAÑÍA.
Director, Antonio M. Silvestre.

LA

NOCHE DE NAVIDAD.

COMEDIA EN UN ACTO

POR

RUPERTO S. GÓMEZ.

UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo
Biblioteca Sede Patrimonial

BOGOTÁ—1887.
IMPRENTA DE SILVESTRE Y COMPAÑÍA.
Director, Antonio M. Silvestre.

1566
1887

A mis hijos.

UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo
Biblioteca solo Patrimonial

PERSONAJES.

D. Antuco, Español.

D. Juan Infiesta, id., amo de

Luis, negro esclavo,

D. Diego, Cacique de la Costa,

Josefa, negra mendiga.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

COMEDIA EN UN ACTO.

(La escena pasa en el siglo XVII).

SALA ANTIGUA, CON MUEBLES DE LA ÉPOCA. PUERTAS EN EL FONDO Y A LOS LADOS.

ESCENA I.

Poco antes de levantarse el telón empiezan los personajes á cantar bambucos relativos al aguinaldo.

Indio. ¿Qué horas han dado, Farruco?
Español. Ya deben de ser las once.
Indio. Ah! nos queda tiempo entonce
Para cantar un bambuco.
Negro. No más bambucos, yo quiero,
Pues en Santafé me hallo,
Saber qué es misa del gallo.
Español. ¿Tú no has asistido, Antero,
A esta solemne función?
Indio. Cuando era niño, en mi tierra
Fuimos con los de la Sierra
Al templo de la misión.

Era el templo una enramada
De hojas de palma cubierta:
Daba la anchurosa puerta
Para una plaza ovalada.
En los ceibos que hay en ella
Mucho candil se veía,
Y cada luz parecía
Brillar á modo de estrella.
En el centro cuatro hogueras
De secos troncos ardían,
Y por doquiera se oían
Tamboriles y castrueras.
Y entre tanto la campana,
Resonando á toda prisa,
Llamaba la gente á misa.
De la choza más lejana
Iban mis fieros paisanos:
Llevaban con gentileza
Penachos en la cabeza,
Ramas con luz en las manos.
Pendiente al izquierdo lado
El carcax; y el arco rudo
Sobre alto pecho desnudo
Graciosamente terciado.
Cuando del templo al umbral
Con mis paisanos llegué,
Extático me quedé.
Víase hermoso portal
En el fondo, y á los lados
Montes, valles y cascadas;

Pastores con sus manadas
En frescos y verdes prados.
Aquí entre hermosos laureles
Subir las lomas se vían
Tres monarcas que regían
Altos y hermosos corceles;
Allá esbirros con espadas
Degollando mil infantes,
Y á sus plantas, suplicantes,
Las madres desconsoladas.
A las doce hacia el altar
Luis Beltrán se encaminó,
Y la música empezó
Por el templo á resonar.
En el coro los chicuelos,
Al són de alegres carracas,
Ya imitaban guacharacas,
Ya el pïar de los polluelos,
Ya el mugido de los toros,
Ya el relincho del caballo,
Ya el canto agudo del gallo,
Ya el chillido de los loros.
Mas de repente al portal
Desciende linda criatura.
" Salve á Dios en el altura,"
Canta una voz celestial.

Negro. ¿ Quién era Fray Luis Beltrán ?

Indio. Era un Santo, un caballero,
Que hizo envainar el acero
A más de un gran Capitán.

Español. Refiérenos esa historia.
Negro. Debe ser interesante.
Indio. Os la contaré al instante,
Si me ayuda la memoria.
Aun era muy niño yo
Cuando un Cacique jadeante
Llegó á mi pueblo; al instante
Al palacio penetró.
Poco después diez guerreros,
Pendientes al cuello soles,
Al són de los caracoles
Llamaron á los flecheros,
A los que la grave maza
Manejan con gran destreza.
Muy pronto á llenarse empieza
De gente de armas la plaza.
Cual son varios los fulgores
Que brillan en las espumas,
De los penachos las plumas
Eran los vivos colores.
Negro. ¿Con qué fin los caracoles
Los hicieron congregar?
Indio. Pues era para anunciar
Un mensaje de españoles.
Ellos con grande atención
En su embajada decían
Que sólo á cambiar venían
Objetos de su nación.
Que los admitan proponen
Los Jefes más aguerridos;

Y entre ellos los más garridos
A encontrarlos se disponen.
Al otro día temprano,
Entre una turba asombrada,
Hizo su pomposa entrada
El Ejército cristiano.
Sobre un bruto que lanzaba
Aterrador resoplido,
El jefe español erguido
Como un dinde se elevaba;
En la cabeza tenía
Casco de metal luciente;
En el pecho prominente
Bruñida cota lucía.
Y una barba que bajaba
Sobre ese pecho perfecto,
Que echaba fuego, el aspecto
De un hijo del Sol le daba.
Detrás, al són de un tambor
Marchaban graves guerreros,
Cuyos brillantes aceros
Lanzaban vivo fulgor.
Yo, boquiabierto de lejos
Miraba cosas tan raras;
Distintas gentes y caras;
De las armas los reflejos.
No os pintaré la impresión
Que tuvimos ese día;
Porque eso largo sería,
Y no es esta la ocasión.

Baste deciros que todos
A cada altivo español,
Cual hijo del almo Sol
Acatamos de mil modos.
El oro con profusión
Les dimos; mas oh maldad!
Pagaron nuestra amistad
Con una infame traición.
Una noche malhadada.
Estábamos recogidos.
De súbito oigo alaridos,
Choque de armas.—Azorada
Mi madre vuela conmigo
De mi padre al aposento,
Sin miedo al atrevimiento
Del Español enemigo,
Que al resplandor de unas luces,
Hechas de leña y resina,
A los nuéstros asesina,
Con sus sables y arcabuces.
Todo era terror y estrago
En aquella noche impía....
Mi amado padre yacía
Muerto de sangre en un lago.
Yo no sé cómo logramos
Por una reja saltar.
Cuando comenzó á aclarar,
En un bosque nos hallamos.
Poco á poco se juntaron
En ese lugar umbrío,

Con el semblante sombrío,
Los que á la muerte escaparon.
Al espanto sucedió
La indignación, la venganza:
Cada cual sobre su lanza
Muerte al cristiano juró.
Todo blanco que en la guerra
En nuestras manos caía,
Entre tormentos tenía
Que morder la dura tierra.

Español. Pero ¿por qué con desdoro
De España los castellanos
Mataron á tus paisanos?

Indio. Por las perlas, por el oro.
Una mañana á un cristiano,
Sin temor á nuestras flechas,
Vimos por sendas estrechas
Con una cruz en la mano.
Le apuntámos á la faz;
Mas él con calma nos dijo,
Levantando el crucifijo:
"Hermanos, vengo de paz,
"Vuestro furor aplacá,
Bajad vuestras armas fieras,
Que el que rige las esferas
Aquí me defenderá."
A tales fanfarronadas
Contestámos disparando
Nuestras flechas y arrojando
De guijarros granizadas.

Él contra su corazón
Apretó la Santa Cruz;
Lanzando sus ojos luz
Miraban la azul región.
Mas ¡oh prodigio estupendo!
Ante sus plantas desnudas
Nuestras saetas agudas
Iban sin fuerza cayendo.
Hechas las armas pedazos
Nos postrámos confundidos,
Lanzando tristes gemidos;
Mas él nos tendió sus brazos.
"Vengo en nombre del Señor
A aliviar vuestros pesares."
Con él á nuestros hogares
Partímos ya sin temor.
Él nos pronunciaba el nombre
Del que murió en una cruz,
De Aquél cuya santa luz
Hace del salvaje un hombre.
Él apagó la venganza
Que en nuestros pechos ardía,
Y en nuestras almas hacía
Brotar celeste esperanza.
Él por defender los fueros
De los míseros salvajes
Tuvo que sufrir ultrajes
De altivos encomenderos.
Blanco. Ese hombre se hará inmortal
De la América en la historia.

Negro. Ese hombre merece gloria,
Pero una gloria eternal.
Indio. Del Santo Jesús hermanos,
Y, del Bautismo en la fuente,
Limpia del mal nuestra frente,
Fuimos sencillos cristianos.
Mas al fin Fray Luis se fué
Con pesar para su tierra.
Yo abandonando la Sierra
Al puerto lo acompañé.
Después llegó un misionero
Que venía á Santafé,
Con él feliz me embarqué
Bien provisto de dinero.

ESCENA II.

Dichos, Don Juan.

D. Juan (entrando).
Antes de partir á misa
Tomad algún refrigerio.
Español. Paisano, yo por mi parte
Para después me reservo.
Indio. Yo la historia del negrito
Oír, señores, deseo.
Al negrito.
Mas ¿ por qué lloras amigo ?
¿ Estás triste, estás enfermo ?
Negro. De salud gozo, á Dios gracias,

Pero nuestro amigo Antero
Con su tierna relación
Recordar, señor me ha hecho
La historia de mi existencia,
Mis pasados sufrimientos;
Y hoy más que nunca afligido
En mi pobre madre pienso.

D. Juan. ¿Eres acaso infeliz?

Negro. Con vuestra merced el cielo
Sabe muy bien que yo aquí
No soy un mísero siervo,
Ni un triste sirviente, sino
De vuestra familia un miembro;
Que soy feliz cuanto cabe
En este triste destierro.
Mas hace siglos, patrón,
Que estoy de mi madre lejos,
Que no sé si vive aún,
O vaga por los desiertos
Buscándome, porque ignora
Cuál es, ay, mi paradero!

Español. Cuéntanos tu historia, Luis.

D. Juan. Y si hay á tu mal remedio
Yo haré por ti lo que pueda.

Negro. Gracias, oh patrón, oh dueño.
A orillas del Senegal
Nací bajo hermoso cielo
Mi padre, que era el Señor
De muchas tribus y pueblos,
En una guerra murió

Por defender sus derechos.
Los vasallos al instante
Cual Rey me reconocieron.
Tomó el Gobierno mi madre,
Porque yo estaba pequeño.
Cuando quince años cumplí
Salí al campo por recreo
Armado de arcos y flechas
Con algunos compañeros.
Cansados de andar en pos
De las gacelas y ciervos,
Nos tendimos á la orilla
De un arroyo claro y fresco:
A todos nos sorprendió
Un largo y pesado sueño.
De repente despertámos
Atados los fuertes miembros
Con gruesas cuerdas, y en torno
Vimos á diez europeos
Que, como á bestias de carga,
A sablazos nos hicieron
Levantar. A pocos días
Llegamos á un vasto puerto
Do estaban varios navíos
Que traficaban con negros.
Un mercader Español
Compróme por unos pesos.

D. Juan. Y ¿por qué no declaraste
Que eras de un reino heredero?

Negro. Lo declaré, y los infames

Que yo era un pillo dijeron.
Al fondo oscuro de un buque
Me echaron con menosprecio
Entre una turba de esclavos
Que lloraban en silencio.
(Con tristeza).
Yo que de mi buena madre
Era el delirio, el consuelo,
Yo que nací sobre un trono,
Me ví convertido en siervo!
(Llora).
Eramos tántos, que el aire
Estaba pesado, infecto;
Y como era el agua escasa
E inmundos los alimentos,
A los dos días caí
De ardientes fiebres enfermo.
Las cuerdas me hicieron llagas.
Era yo un triste esqueleto
Cuando el buque á Cartagena
Llegó con próspero viento.

Español. ¡Qué suerte tan desdichada!
Indio. Oprimida el alma tengo.
Negro. Que saliéramos mandaron;
Mas, ay! yo del duro suelo
No pude moverme. Un hombre
De rostro vulgar y feo
Con un látigo silbante
Me cruzó el desnudo cuerpo.
(Llora).

Ah, yo quisiera olvidar
Esos terribles momentos
Porque en venganzas sangrientas
Siento abrasarse mi pecho.
Lancé un gemido profundo
Y perdí el conocimiento.

Español. Esos hombres eran fieras,
Abortos del vil Averno.

Negro. En los brazos de un Jesuíta
Me hallé al volver en mi acuerdo,
En una sala espaciosa
Do soplaba un viento fresco
De grato aroma cargado.
De un lado vi un blanco lecho,
Un crucifijo del otro,
Blancas hilas por el suelo.
El Padre, ese ángel divino
Me estrechó contra su pecho,
Y con voz dulce y sonora
Me llenaba de consuelos.
Él mismo me reclinó
En fresco y nevado lecho.
Él mismo curó mis llagas,
Él preparó mis remedios,
Él su lengua me enseñó;
Él con su cándido dedo
Me mostraba á todas horas
El Crucifijo sangriento,
A cuyos pies muchas veces
Orar le vi con respeto.

*

Muy pronto fuí recobrando
Con la salud el contento.
El buen Padre me sacaba
A pasear por un huerto,
Y allí me hablaba de un Dios
Que hizo la tierra y los Cielos.
De un Dios que murió en la Cruz
Por indios, blancos y negros.
De la Santa Religión
Instruído en los misterios
El Bautismo recibí
Con grande recogimiento.

Indio. Mas di, ¿quién era ese Padre
De tanta caridad lleno?

Negro. Ese Santo era Claver,
El esclavo de los negros.
Una noche cabizbajo
Vile entrar á mi aposento;
Oró un instante á los pies
Del Sacrosanto madero;
Levantóse y hacia mí
Se encaminó á paso lento.
De lágrimas que brillaban
Tenía los ojos llenos.
Yo esperaba con terror
A que rompiera el silencio.
Callado me echó los brazos
Al rededor de mi cuello.
Y al fin prorrumpió:—" Hjo mío,
Prepárate al sufrimiento.

No olvides que de la Cruz
Es espinoso el sendero.
Yo bien hubiera querido
Rescatarte á cualquier precio,
Mas no he podido obtener
Para esto ningún dinero.
Tenemos que separarnos,
Así lo dispone el Cielo,
Y es preciso respetar
Sus soberanos decretos.
Como estás fuerte y robusto
Quiere venderte tu dueño.
Más no temas, un amigo
Que necesita un buen siervo,
Y es hombre caritativo
Y noble por todo extremo,
Te comprará. Te aseguro,
Pues conozco á este sujeto,
Que con él serás feliz,
Si es cristiano tu manejo."
—"Yo vuestro esclavo seré,
Le dije, de hinojos puesto;
Mas no dejéis que me arranquen
Oh, señor, del lado vuestro."
Ahogóse mi voz, y el llanto
Empapaba el pavimento.
—"Oh no es posible, exclamó,
Levantándome del suelo.
Obedece á Dios: su yugo
Es siempre suave y ligero."

Al otro día partí
A casa de mi amo nuevo.
Él ha sido para mí
Padre cariñoso y tierno;
Y al Santo hermano Claver
Esta fortuna le debo.
Si aquí estuviera mi madre!....
Mas resignarme yo debo. (Llora).

D. Juan. En el mundo, pobre Luis,
No se halla gozo completo.
Golpean, (á Luis) ábre, será
Mi compadre Jorge Prieto.
(Vase Luis).

ESCENA III.

Dichos, menos Luis.

D. Juan. Para pasar bien la noche
Con mi compadre tendremos.
Conversa con mucha gracia,
Y sabe chistosos cuentos.

Indio. No es orgulloso, aunque tiene
Mil títulos para serlo.

ESCENA IV.

Dichos y el negro.

Negro (entrando)
Es una anciana, señor,

Una desvalida negra
Que os pide hospitalidad
Por esta noche siquiera.

D. Juan. Díle que éntre. Me la envía
El Niño Dios en su fiesta
Y esta noche, amigos míos,
Es noche de nochebuena.

Negro. Voy al punto (ap.) Yo no sé
Por qué tanto me interesa
La mendiga. Me parece
Que la conozco. Si fuera....
(Vase).

ESCENA V.

Dichos, menos Luis.

D. Juan. Este muchacho es tan noble,
Y tiene una alma tan tierna!
Siempre en su madre pensando,
Siempre hablando de su tierra.
Cuando del Padre Claver
La santa vida me cuenta,
Me hace llorar como un niño.
Pobre mozo! Yo quisiera,
Pues muy bien me sirve, hacerle
Más dichosa su existencia.

Indio. Tiene unos modos tan finos
Que á todo el mundo interesa.

Español. Pero al hablar se le nota
Que lo agobia la tristeza.

D. Juan. Es natural, porque al hombre
Siempre lo aflige la ausencia.

ESCENA VI.

Dichos, Luis y la mendiga.

Mendiga (entrando).
Que Dios os guarde, amos míos,
Que habéis á la pobre vieja
Abierto por caridad
A estas horas vuestras puertas.
Negro (ap.)
Oh! qué voz! ¿Si esta mendiga
Será de mi misma tierra?
D. Juan (ofreciéndole asiento).
Siéntate aquí, buena hermana,
Mientras te preparan cena.
Mendiga. Gracias, señor, no merece
Ese lugar una negra.
D. Juan. Sí lo mereces, porque eres
Del Niño Dios mensajera.
Siéntate, y toma una copa
Para reparar las fuerzas.
(Le sirve vino).
Mendiga (sentándose y tomando la copa).
Gracias, señor (llora).
D. Juan. ¿Por qué lloras?
¿No te hallas aquí contenta?
Mendiga. Sí, lo estoy.

Español. Pero tu acento
Tanta amargura revela!
Negro (con interés).
—¿De dónde vienes, amiga?
—Vengo de lejanas tierras
Buscando un sér adorado,
De mi amor única prenda.
Negro (con ternura).
Tú buscas un sér querido,
Y yo á una madre. Mas cuenta
Tu historia. Comunicadas
Siempre se alivian las penas.
Mendiga. Nací en Africa. Por muerte
De mi marido, que era
Un monarca poderoso,
Tomé del poder las riendas,
Pues el hijo que tenía
Era entonces de edad tierna.
Él como espuma crecía
Ya entre las tribus guerreras,
Ya entre sabios personajes
Que le enseñaban las ciencias
Y el modo de gobernar
Tantás gentes tan diversas.
Ya le faltaba muy poco
Para ceñir la diadema,
Cuando una noche, á deshoras,
Alarmado un centinela
Hizo sonar con estruendo
Ronco tambor á mi puerta.

Me levanto apresurada,
Temiendo alguna revuelta.
Qué hay? le pregunto á un guerrero
Que estaba esperando afuera.
Días há que vuestro hijo
Salió con hombres de guerra.
Los hemos buscado en vano
Por los valles y las selvas;
Hemos mandado á las villas
Y á las remotas aldeas.
Ahora por un viajero
Que se halla en la corte vuestra,
Supe que unos extranjeros,
Por medio de una sorpresa,
Llevaron cautivo al Príncipe,
A quien ataron con cuerdas.

Negro (aparte).
Esta es sin duda mi madre.
(Alto). ¿Cómo te llamas?
Mendiga. Josefa.
Negro (ap.)
¡Qué desgraciado! No es!
La mía otro nombre lleva.
Indio. Prosigue tu relación
Que á la verdad me interesa.
Español. ¿Qué hiciste entonces?
Mendiga. Rugir
De rabia y dolor, cual fiera
A quien roban sus cachorros.
Sentía que la cabeza

Como un horno me abrasaba,
Hasta que al fin ya sin fuerzas
Caí desmayada al suelo. (Llora).
(Pausa).
En brazos de mis doncellas
Al volver en mí me hallé.
¿En dónde están esas hienas
Que me han robado á mi hijo?
Exclamé. Por donde quiera
Sólo gemidos se oían.
No corría por mis venas
Sangre sino fuego ardiente
Cual el que abrasa la arena.
Buscar á mi hijo yo misma
Era mi constante idea.
Llamé á un Jefe; le entregué
Del vasto imperio las riendas.
Y bien provista de joyas
A una ciudad portuguesa
Al punto me encaminé
Seguida de dos sirvientas.
Allí habitaba un inglés,
Quien sabía bien mi lengua;
Porque hizo un tiempo en mi corte
Una larga permanencia;
Y entonces de su amistad
Nos hizo muchas protestas.
Busquélo, hallélo, contéle
Mis afanes y tristezas.
—Tu hijo, exclamó, debe estar

En las colonias de América,
Mas yo te acompañaré
Hasta el cabo de la tierra.
—Si lo hallamos te daré,
Le respondí, mis riquezas.
Español. Mal hiciste en ofrecerle
Tentadora recompensa.
Mendiga. Partimos al otro día
A la usanza de mi tierra.
Con el inglés iba un mozo
De catadura siniestra.
Como era el sol tan ardiente,
Al llegar á una arboleda,
Nos propusieron que allí
Hiciéramos alto, mientras
El calor bajaba un poco.
Yo me recosté en la yerba
Pensando en mi hijo querido,
Que tal vez entre cadenas
Como esclavo gemiría.
De repente que me aprietan
El cuello, aterrada siento.
Respiro asfixiada apenas.
De un fiero boa creíme
Entre las roscas envuelta.
Mas pronto con ronca voz
El pérfido inglés me ordena
Que le entregue mis tesoros
Si no por bien por la fuerza.
Dueño el malvado traidor

De mis cuantiosas riquezas,
Nos ató, cual criminales,
A mi y á mis compañeras.
En vano lloré: mis lágrimas
Ese corazón de piedra
No pudieron conmover.
Cual de mulas á una récua
A seguir nos obligaron.
Nos vendieron como siervas.
Cruzamos la mar bravía
En una nave velera
Que hacía rumbo á Jamaica.
No os contaré las tormentas
Que agitaron el navío,
Ni el hambre, ni la miseria
Que yo padecí. En Jamaica
Vendieron á mis sirvientas,
Y á mí, esclava, me llevaron
A servir en una tienda.
Diariamente me azotaba
Mi ama, que era una inglesa
De genio áspero. Nueve años
Le serví; y viéndome vieja
A un español me vendió
Por unas cuantas monedas.
En un buque me llevaron
Al puerto de Cartagena.
Me echaron á tierra allí,
Pero estaba tan enferma
Que caí desfalleciente

En la abrasada ribera.
A flagelarme empezó
Un capataz sin conciencia;
Cuando un joven que vestía
Túnica de sarga negra
Contuvo al verdugo impío.
En una blanda litera
A un hospital me llevaron:
Con mi gastada existencia
En este lugar habrían
Finalizado mis penas,
Si el divino sacerdote,
Que me cuidaba, no hubiera
Arrebatado á la muerte
En lucha tenaz su presa.
¡Oh sacerdote! ¡ángel bueno!
¡Yo tu caridad inmensa
Nunca olvidaré! Muy pronto
Vino la convalecencia.
Entonces de mis desgracias
Le conté la historia entera.
Nueve años hace, me dijo,
Que saqué de una corbeta
A un joven de rostro afable
Y que respiraba apenas.
Se repuso, y una historia,
Que á la tuya se asemeja,
Me refirió. Fué vendido
Por unas cuantas pesetas
A un amigo, que reside

En Santafé. Juan Infiesta
Se titula mi paisano.

Negro (arrojándose á los brazos de la mendiga).

Madre!

Mendiga (abrazándolo).

Hijo!

D. Juan. ¡Oh Providencia!
¡Tú sola puedes á un punto
Llevar por distintas sendas
A los séres que se aman
Y que al parecer se alejan!

Mendiga (de rodillas).

Tú, Señor, que me has devuelto
A mi hijo, bendito seas.

(Ante los pies de Juan).

De hinojos os serviré,
Mas vivir dejadme al lado
De este sér tan adorado.
Yo vuestra esclava seré.

D. Juan. Mi esclava no. El Niño Dios
En su gran festividad
Pide vuestra libertad.
Libres estáis ya los dos.

CAE EL TELÓN.

VILLANCICOS

(PARA CANTAR ANTES Y DESPUÉS DE LA COMEDIA).

Venid pastorcillos,
Venid sin tardanza,
Que hay luces y cantos,
Que Belén se abrasa.
Oíd: por las nubes
Los ángeles cantan
En coros divinos
Al són de sus arpas.

CORO.

El Dios esperado
Por santos Patriarcas
En portal humilde
De nacer acaba.

Lo adoran la Virgen
Y el santo Patriarca;
La Virgen lo cubre
De rústicas pajas.
El buey y la mula
De hinojos lo alaban
Y con resoplidos
Calientan las auras.

Oh Niño, la pobre
De aquella majada
Rendida te ofrece
Su miel y cuajadas,
Y para tu cuna
Lucero del alma
De sus corderillos
Blanquísima lana.

Salten de contento
Valles y montañas,
Alegres murmuren
Fuentecillas claras.
Agiten alegres
Las brisas sus alas,
Que el Señor del Cielo
De nacer acaba.

Tus ojos son soles
Que al mirar abrasan,
Y tus dos mejillas
Dos rosas tempranas;
Tu llanto parece
Rocío del alba
Que le da la vida
A la flor que baña.

Las palomas tienen
Nidito de pajas,
Mullidos plumones
Y tupidas alas,
Y tú desnudito
Una piedra helada!
Deja que caliente
Tus divinas plantas.

UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo
Biblioteca Sala Patrimonial

OBRAS

DE RUPERTO S. GÓMEZ:

Reseña histórica del Convento de la Enseñanza, 30 centavos.

Las Cuajadas, comedia en dos actos, 40 centavos.

La noche de Navidad, comedia en un acto, 30 centavos.

Los Siete dolores de María, (poema), 20 centavos.

UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo
Biblioteca con Patrimonial